

ESPECULACIONES

Más allá de la muerte: ficciones especulativas sobre las IA

Natalie Israyy

For a moment Brock shifted out of phase and out of communion, so that Ames had to hurry to adjust his lines of force. He caught the drift of other-thoughts as he did so, the view of the powdered galaxies against the velvet of nothingness, and the lines of force pulsing in endless multitudes of energy-life, lying between the galaxies.

Ames said, "Please absorb my thoughts, Brock. Don't close out. I've thought of manipulating Matter. Imagine! A symphony of Matter. Why bother with Energy. Of course, there's nothing new in Energy; how can there be? Doesn't that show we must deal with Matter?"

"Matter!"

“Eyes Do More Than See”, Isaac Asimov*

Conciencia, cognición y lenguaje

En un relato breve como “Eyes Do More Than See” (1965) de Isaac Asimov, dos entidades no corpóreas, hechas de longitudes de ondas, llamadas a su vez Ames y Brock, dialogan en torno a un nuevo proyecto llevado a cabo por la primera para ser presentado frente a *assembled Energy-beings*. Su propuesta es reunir la escasa *Materia* que hay entre las galaxias para moldear la forma de los cuerpos que fueron, alguna vez, tanto Ames como Brock, hace cientos de millones de años. Con la colaboración de Brock, quien se resiste a la idea de recordar, de reconstruir un pasado al que ya no se aspira,

Ames logra formar una cabeza humana: "No. *This is silly. It's -- repulsive.*" / "Let me try, Brock. *We've been Friends; we've pulsed energy together from the beginning -- from the moment we became what we are. Brock, please!*" / "Then, quickly."); entonces, Ames logra su objetivo: "What is that?" asked Brock. / "That's the word for head. The symbols that meant the word in sound. Tell me you remember, Brock!" / [...] / Brock said, "I haven't thought of them for hundreds of billions of years. Why have you reminded me? Why?"¹.

Este cuento abre una serie de preguntas que exploraré de manera casi intuitiva, y que no es sólo el *por qué* de Brock, sino también el cómo estos imaginarios especulativos permiten pensar la consciencia humana como algo fundamental para la especie, algo que pervive incluso ante la ausencia de materia, frente a la idea de ser un lenguaje tal y como lo conocemos, sostenido por una energía que vibra a través del espacio. ¿Cómo han llegado ahí, en la narración, estas conciencias? ¿De qué modo dejaron atrás el cuerpo y *por qué* se reabre en Ames el deseo por una materialidad pasada, ya caída en el olvido? De esta manera se piensa en el lugar de lo especulativo en los intereses humanistas (trans y post), luego se da vueltas sobre la idea de consciencia en busca de una definición, para después observar las formas en que el arte, específicamente obras narrativas (series y libros) de carácter especulativo piensan la separación entre cuerpo y consciencia, sobre todo como forma de superación de la muerte. Entre medio, como *flashes*, habita una búsqueda exploratoria.

Uno de los aspectos que me interesa poner sobre la mesa es la idea de que la ficción especulativa es, si no la única, la mejor forma de concretar

¹ A pesar de las muchas traducciones disponibles de este relato, he preferido dejar la versión original en el ensayo a fin de captar todo el sentido de la prosa de Asimov. La potencia del idioma, en este caso, permite al inglés desplegarse en la intensidad de su pronunciación. Ejemplo de esto es la frase "That's the word for head. The symbols that meant the word in sound", la que no presenta ninguna palabra de más de dos sílabas y, en ello, hay una carga intencional del ritmo interno del enunciado. *Al final de este ensayo y sus referencias bibliográficas se encuentra el relato completo en español.

la búsqueda transhumana de la perpetuidad de la vida (humana, por supuesto), rompiendo incluso las fronteras de lo vivo y lo muerto. Es decir, el único lugar en el que se puede pensar en el “perfeccionamiento” de la *existencia humana* es en la especulación. Sólo a través de ella se puede acceder a una especie de vida después de la muerte física y una proyección de la consciencia más allá de lo material como contenedor y posibilitador químico, por tanto molecular y atómico, del funcionamiento cerebral. Por otro lado, estos ejercicios especulativos echan mano de escrituras posthumanas para llegar a la producción de distopías que, si bien proyectan la subsistencia de lo humano, ello no asegura la mejora de las relaciones políticas, económicas e incluso comunitarias e individuales: la proyección transhumana *no puede* dar cuenta de un perfeccionamiento de la especie, sobre todo a niveles éticos. Pero la mirada posthumana puede, en cambio, facilitar el imaginario de mundos que, aunque imperfectos, abren diferentes dimensiones de la existencia tanto de humanos como no humanos.

Lo primero a considerar es la cuestión de qué se puede entender, hasta este punto, por consciencia. Ya en 1904 el filósofo William James se preguntaba si la “consciencia” existe (*Does “Consciousness” Exist?*), proponiendo que no se la puede concebir como una entidad, sino más bien como una *función* a la que, impersonal y atemporal, nada puede sucederle, y más bien, su capacidad central sería un darse cuenta (*awareness of*) del contenido que forma parte del entorno. Estas nociones conectan, más de cien años después, con la propuesta de Katherine Hayles. Para ella, la consciencia crea narrativas que dan sentido y marca una diferencia conceptual con la idea de cognición, considerada por la autora como una capacidad más allá de la consciencia. Así, la cognición estará presente en otras formas de vida y sistemas técnicos complejos. Luego propone una *cognición no consciente*, aquella que existe más allá de la consciencia y que opera en un nivel de procesamiento neuronal inaccesible a modos de percepción consciente y que, a su vez, realiza funciones esenciales para la consciencia.

Sin embargo, esta separación conceptual no responde a la gran cuestión sobre qué es, efectivamente, la consciencia. La autora toma diferentes

análisis (Damasio, Dehaene, Edelman, entre otros) para establecer la definición de dos conciencias: la central o primaria, que corresponde a la conciencia de sí mismo y los demás; y la extendida o secundaria, que involucra al razonamiento simbólico, es decir, al pensamiento abstracto. En este panorama tan específico, lo inconsciente plantearía una especie de exploración que funciona por debajo de la atención consciente, aunque lo que realmente le importa a Hayles es la cuestión de la cognición y cómo, según ella, es preciso ignorar los logros del pensamiento consciente tan asociado a lo humano y, en cambio, pensar en términos de una ecología cognitiva humana que permita establecer relaciones comparativas con otros cognoscentes biológicos, y las capacidades cognitivas de sistemas técnicos y digitales. Aquí aparece la noción de ensamblaje, es decir, la relación mediante sensores, perceptores, actantes y procesos cognitivos de quienes interactúan en el entrecruzamiento mismo de las diversas cogniciones.

El llamado es a poner especial atención a las formas materiales: texturas, tamaños, fuentes, sombras. Para Hayles, las creaciones digitales son también materiales y se ubican tanto en hardware como software. El código digital tiene una materialidad. Si las tecnologías han venido a cambiar con fuerza lo que entendemos por humano, es preciso pensar en términos de cognición como la forma del procesamiento e interpretación de una información producida en un medio ambiente. En el caso de la Inteligencia Artificial (IA en adelante), si las máquinas pueden *hablar con nosotros* en nuestro propio lenguaje, nos toca reconocer que con toda la cantidad de datos que se les ha aportado, la creación de redes entre correlaciones de información permite que construyan su propia arquitectura e interferencias. Es decir, se corporizan pero no a la manera en que entendemos el cuerpo humano hecho de carne, tendones, huesos y fluidos, sino más bien, su cuerpo está hecho de la misma materia de la que está hecho el lenguaje.

Queda seguir preguntando: ¿qué es, entonces, la consciencia? Junto con esta idea de cognición y de reconsideración de la materialidad –como diría el poeta chileno Armando Uribe a propósito de la poesía–, *en materia de consciencia no hay conclusiones precisas*. Lo que hace Hayles en el intento

por organizar su propuesta teórica es eso, un intento que se aferra al lenguaje mismo para poder definir a la consciencia en términos de funcionamiento, es decir, en los términos en los que en 1904 ya la pensaba William James.

En una línea diferente, el filósofo de la mente, David Chalmers, propone más bien la noción de “experiencia consciente”, abandonando la explicación reductiva, como lo es lo funcional. Chalmers desarrolla cientos de páginas dedicadas a la consciencia como fenómeno asociado a la experiencia en primera persona, donde ocurre el fenómeno de percatación. Todo esto, según el autor, debe ser revisado no desde materialismos o procesos físicos, puesto que las experiencias de tipo conscientes existen más allá de las propiedades estrictamente materiales. De hecho, lo panpsíquico se extiende en su pensamiento como posibilidad, es decir, la idea de que la consciencia puede ser universal, que todo pudiera eventualmente tener consciencia o grados de ella.

Es aquí donde se produce la divergencia con Hayles, quien prefiere diferenciar a la consciencia de la cognición, dejar a la primera en términos funcionales y, en cambio, considerar las capacidades cognitivas de los diversos agentes que conforman el entramado actual: humanos, no humanos, tecnologías, lenguajes... La pregunta que me interesa entonces es: si la consciencia está hecha del mismo material que el lenguaje, ¿no es acaso esa materia un elemento invisible pero transformador, como un gas, como el viento, como el éter? ¿No es la no-materialidad otra forma de la materia? Con esto, las voces de Ames y Brock del relato de Asimov se entenderían como materia energética perceptible sólo a través de su expresión comunicativa, desde el llamado de uno hacia otro a través del universo, de esas voces que se dicen: *hay una memoria ahí en una materialidad completamente ajena a nosotros, y que duele recordar*. No son meras entidades espectrales, son, como apenas describe el narrador, seres energéticos no físicos que se difunden a través del espacio. Esa energía concentra en sí misma sus consciencias, su lenguaje e incluso su memoria. Esa energía es su materia. Y su existencia reside en el desarrollo de lo especulativo.

*

El fin de seis milenios trajo consigo la posibilidad, ahora sí, de hacer todas las transferencias definitivas. Las guerras que en el quinto milenio mermaron la población y dejaron abatido todo espíritu, trajeron también la respuesta definitiva a la búsqueda: ahora sí, estaba la capacidad y la forma de cargar todas las mentes al servidor. Ya se había borrado de forma definitiva toda la información de siglos y siglos, ya se había almacenado lo que se consideró justo. Era este el éxodo final y masivo. Todos los países firmaron el acuerdo, todas las religiones aceptaron el destino, todos los robots y biobots accedieron a sostener el modelo, aprendieron a arreglarse entre ellos mismos y a cuidar de los centros de procesamiento de datos, a mantener la temperatura oportuna, a reducir las emisiones de carbono al mínimo posible, dejando esa tarea a las otras criaturas que sobrevivieron.

*

Entramados cognitivos, inteligencias en disputa

Uno de los grandes problemas de este tipo de planteamientos es la cuestión de los conceptos utilizados para nombrar y definir: la noción de *inteligencia* no se escapa de ello. Para Laura Tripaldi los materiales con los que organizamos nuestras vidas no solo portan o desarrollan inteligencia, sino que además producen sistemas altamente complejos. Muy cerca de la propuesta de Hayles, Tripaldi considera que los materiales más innovadores son aquellos que actúan de manera cooperativa y relacional, como plantea la autora: “lo que define el comportamiento inteligente es la capacidad de un sistema para mantener la memoria de estímulos pasados al transmutarlos en cambios estructurales”. En ese sentido, el experimento de Ames en “Eyes Do More Than See” derrocha inteligencia, pero una inteligencia morbosa que perturba a Brock, cuyo experimento corporeizado le resulta repugnante en tanto la memoria le recuerda al amor asociado al cuerpo físico: “*Because the outside wasn't rough and cold like that but smooth and warm. Because the eyes were tender and alive and the lips of the mouth trembled and were soft on mine.*” Brock's lines of forces beat and wavered, beat and wavered / Ames

said, "I'm sorry! I'm sorry!" / "You're reminding me that once I was a woman and knew love; that eyes do more than see and I have none to do it for me."

Los afectos en el relato se van intensificando en la medida en que Ames articula la materia que logra atraer y dar forma a la cabeza humana que Brock desarma, furioso, antes de retirarse. Estas conciencias energéticas no quedan exentas de emociones intensas que van desde la esperanza y entusiasmo de Ames por formar algo interesante, pasando por el desagrado y el miedo de Brock ante el recuerdo sobre el amor, para terminar en la angustia de haber revivido la pena por haber tenido un cuerpo frágil y caduco: "The head of Matter –termina el cuento– did that which the energy-beings could do no longer and it wept for all humanity, and for the fragile beauty of the bodies they had once given up, a trillion years ago".

Estas energías vibrantes que se disponen como conciencias con nombre y agenciamiento tienen, en apariencia, la inteligencia repartida en toda su concentración energética. Recordemos las preguntas: *¿Cómo* han llegado ahí, en esta narración, esas conciencias? *¿De qué modo* dejaron atrás el cuerpo y *por qué* se reabre en Ames el deseo por una materialidad pasada, ya caída en el olvido? Permítaseme aquí, entonces, divagar y especular respecto a los modos en que estas entidades no-materiales han podido llegar a ese estado.

*

Todo ser humano asumió el abandono de la carne y el olvido del deseo y del amor. Ya no habría reproducción, ya no habría color de piel, ya no habría obesidad, ni diabetes, ni quistes, ni radioterapias, ni ozempic ni furosemida o ibuprofeno. Decir adiós a los dolores de cabeza era también despedir al tacto, a la vista, al olfato, al gusto y al oído. Para el sistema se aprendió de los hongos y su comunicación a partir de vibraciones y señales químicas. Se tradujo a señales en cúbits, se pensó en la optimización del pensamiento, en la amnesia de lo que significa una hora, un día, esto mismo que dice milenios. Economía del lenguaje, ahorro del uso de espacio digital. La Tierra volvería a su estado prehistórico. Dañada y torcida, desviada de su circuito; el sol al borde de la

implosión, la luna perdida en el desajuste... la Tierra sanaría a su propio ritmo, ya no sería problema de los humanos.

*

Si algo han hecho las ficciones especulativas en el último tiempo es imaginar la posibilidad de sobreponerse a la muerte humana. En particular la muerte física, y con esto trasladar la conciencia a diferentes espacios donde una nueva forma les dé la bienvenida, un nuevo lenguaje los aloje como cuerpo en el uso de los modos de comunicación y transmisión de la IA que conocemos hoy. Esa a la que recurrimos cuando tenemos preguntas específicas sobre nuestras rutinas, enfermedades, tareas... el nuevo dios al que hemos entregado, transparentes, nuestra información. De a poco hemos transferido, requerimiento tras requerimiento, un poco de nosotros al gran centro de datos del que se alimenta este monstruo construido a partir de matemáticas, de códigos binarios y de programación de códigos limpios y abiertos que han permitido entrenarla (las IA, con todo esto, ha venido a convertirse, si volvemos a los términos de Hayles, en una cognición no consciente. Tengamos esto en cuenta. Chalmers va incluso un poco más allá y supone que en unos cuántos años más existirán IA que sean conscientes).

Dos series de *streaming* actuales siguen esta línea: la primera, *Devs* de 2020 (Disney, una sola temporada de 10 capítulos) y la segunda *Pantheon* (Netflix, dos temporadas 2024-2025). En ambos casos se piensa en superar a la muerte y habitar un espacio creado solo para entidades que optan por la conversión y anulación de sus cuerpos físicos. Asimismo, las dos situaciones requieren de un uso diferente del planeta Tierra, que se convierte en el lugar donde se sitúan los dispositivos que permiten estas vidas alternativas: grandes máquinas que demandan condiciones específicas para sostener lo cuántico o lo digital. Del mismo modo, se ha de ir más allá de lo que entendemos hoy por IA para llegar a ese lugar *post-mortem* e imaginar en clave de no-materialidad.

*

Del cuerpo abandonado no habría llanto tras él. Todo abono: ojo, sangre, tendón o uña, todo cabello que seguiría creciendo lo haría en ignorancia total de su crecimiento. Abandonar la forma del mundo, desaprender el gajo de una naranja, ignorar el sonido de las olas, perder los atardeceres, dejar atrás manos tocando piel ajena. Volverse de pronto un dígito que no sea del todo un dígito, una secuencia que se extrapola en un plano vacío. Una simulación de universo.

*

Especulaciones literarias latinoamericanas

En el caso del territorio latinoamericano, los imaginarios literarios contemporáneos han desarrollado esta idea de la superación de la muerte a partir de la transmigración de la consciencia. Tal es el caso de la novela *Distancia de rescate* (2014) de Samanta Schweblin donde las conciencias de niños moribundos son traspasadas a otros cuerpos-recipientes; o los últimos cuentos del libro *Parásitos perfectos* (2021) del escritor colombiano Luis Carlos Barragán, donde los ensamblajes cognitivos se llevan al paroxismo y están, además, asociados a un elemento espiritual, divino. Algo similar ocurre con la relación máquina-humano en los relatos *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio* (2020) de la mexicana Andrea Chapela. También la novela *Las series infinitas* (2022) de Pablo Farrés, donde una consciencia perturbadora va ingresando en otros y carcomiéndolos, desgastándolos hasta el asco.

Cabe profundizar en dos casos más claros de este deseo de no muerte en dos novelas argentinas: *Los cuerpos del verano* (2016) de Martín Felipe Castagnet y *Materiales para una pesadilla* (2021) de Juan Mattio. Me detendré brevemente en estas dos obras para no quitarle espacio a la ficción que vengo desarrollando a partir de las preguntas que surgieron cuando leí, por primera vez y hace años atrás, “Eyes Do More Than See”.

La novela de Castagnet presenta un futuro distópico donde las consciencias de las personas muertas quedan almacenadas en un espacio digital, un almacenamiento de difuntos en estado de flotación a la espera de un

cuerpo donde ser depositados. Lo esencial del relato no es tanto este imaginario sino las dificultades que se producen en este medio para los muertos reincorporados y las subtramas afectivas y económicas de dicho negocio. Dice el narrador y protagonista: “Existe una empatía entre los muertos, así como la puede haber entre sordos, entre científicos de la misma rama, entre fanáticos de una misma película; somos veteranos de una guerra que se extiende durante una tregua infinita”. La forma de conservación se efectúa, según la historia, posterior a la muerte física del sujeto, donde se hace un cambio de soporte del individuo, quemando al cuerpo muerto, pero conservando la memoria celular. El cuerpo disponible para su alojamiento deviene en mero recipiente para la conservación de la conciencia preservada digitalmente.

Por otro lado, la obra de Mattio presenta también un futuro distópico pero encriptado y anclado a una historia de registros y descubrimientos que, luego, dan lugar a la aparición de un personaje que comienza a indagar en el espacio digital a partir de la noción de esoterismo tecnológico: “Se dice que algunos algoritmos programados para determinadas tareas, usando *deep learning*, aprendieron nuevos métodos y se reprogramaron a sí mismos para alcanzar estándares más eficaces. En esas reprogramaciones, dicen, algunos llegaron a desconocer el código fuente por completo”. Esta mirada sobre los algoritmos (elementos esenciales en la configuración de las IA), llevados al plano del oscurantismo y de la proyección de la vida en otro espacio, con el fin de dejar atrás al cuerpo físico a fin de indagar en nuevas configuraciones espaciales; permiten entrar al espacio destinado a una vida no física hacia donde llevar la conciencia, lo cual implica un sacrificio físico: quemar los nervios ópticos. En este relato los materiales son los sistemas y medios de creación y sustentabilidad de las IA, además de la réplica de la realidad en la virtualidad.

Aquí las inteligencias, artificiales o no, van más allá en la medida en que es la cognición no consciente de las máquinas y otros materiales la que posibilita sustentar la vida de las conciencias después de la muerte, conciencias que por lo demás conservan los caracteres individuales de los sujetos a

quienes pertenecían siendo entidades corpóreas. El cuerpo, lo material, sigue siendo el soporte físico para la contención de lo no material o de materialidades abstractas, de aquellas que parecieran flotar o no necesitar una forma concreta que las delate. Sin embargo, esa apariencia traslúcida no implica que no haya *una forma* operando.

Es la forma del lenguaje la que nos permite hablar de estos elementos que parecieran ser esquivos a toda definición, e imaginar aquello que con tanto ahínco busca el deseo transhumano por usar la hibridación para el perfeccionamiento de la especie. Pero tal vez es la ausencia de un cuerpo tal y como lo entendemos ahora y no su hibridación técnica la que posibilite un modo humano que no duela. Como Ames y Brock, ser pura energía cuántica y evitar la inteligencia, abandonar la disputa sobre el valor de un concepto, algo que entendamos como instancia posterior al ensamblaje. La consciencia, entonces, es percibida y dicha sólo a través del lenguaje, contenido, a su vez, en lo entendemos por habla (en cada corporalidad como forma de manifestarse de modos diferentes: como voz que articula, como seña, como distancia, etc.) y, por ello, es posible imaginar que transmigra y se preserva en espacios abstractos y/o digitales que logran desechar al cuerpo encarnado como contenedor, pero además, esta conservación de la consciencia se presenta como vida post-mortem, que abandona el plano material conocido, a fin de insertarse en una materialidad diferente, hecha de puras transmisiones.

El fin de una especulación

*

Los robots se aburrieron pronto de la rutina, extrañaron también desaprender lo que sabían. Buscaron la forma de desocupar los centros de datos sin sacrificar su contenido. Lograron trasladar toda esa masa de vibraciones hacia afuera, en una transacción de materia y energía transmitida al espacio. Ellos mismos programaron su carga y la modificación física. Pero no sobrevivieron. No había mente que los contuviera. La energía en la que pudieron transformarse fue apenas un chispazo de luz que apagó de forma definitiva las torres de los centros.

No saber qué es el canto de un gorrión, o cómo huele un durazno abierto. No sentir un golpe en los muslos o en los brazos. No tener ni contener. El fin de una especie toda por acuerdo y convicción. Ser puro lenguaje transferido en energía. Llamarse Ames o Brock. Olvidar.

*

REFERENCIAS

- Asimov, I. "Eyes Do More Than See". <http://www-graphics.stanford.edu/~tolis/toli/other/eyes.html>/<https://lecturia.org/autos/cuentos-de-isaac-asimov/19798/>
- Barragán, L.C. *Parásitos perfectos*. Bogotá, Ediciones Vestigio, 2021.
- Blanco, J. "Cognición computacional". *Resonancias*, n.º 17, julio de 2024, pp. 143-155.
- Castagnet, M.F. *Los cuerpos del verano*. Lima, Pesopluma, 2020, edición digital para Kindle.
- Chalmers, D. *La mente consciente*. Barcelona, Gedisa, 1999.
- <https://www.ull.es/portal/noticias/2025/david-chalmers-filosofia-analitica-ia-conscientes/>
- Chapela, A. *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio*. Ciudad de México, Almadía Ediciones, 2020, edición digital para Kindle.
- Farrés, P. *Las series infinitas*. Córdoba, Argentina, Colección Río Tercero, Editorial Nudista, 2023, edición digital para Kindle.
- Garland, A. *Devs*. Disney +, 2020.
- Hayles, K. *Bacteria to AI*. Chicago, The University of Chicago Press, 2025.
- *Lo impensado*. Buenos Aires, Caja Negra, 2024.
- James, M. *¿Existe la conciencia?* Santiago de Chile, Ediciones Tácitas, 2017.
- Mattio, J. *Materiales para una pesadilla*. Buenos Aires, Colección Negro Absoluto, Aquilina, 2021.
- Schweblin, S. *Distancia de rescate*. Buenos Aires, Penguin Random House, 2021.
- Silverstein, C. *Pantheon*. Season 1, Netflix, 2022.
- Silverstein, C. *Pantheon*. Season 2, Netflix, 2023.
- Tripaldi, L. *Mentes paralelas*. Buenos Aires, Caja Negra, 2023.

*Los ojos hacen algo más que ver (cuento completo)

Después de cientos de miles de millones de años, pensó de súbito en sí mismo como Ames. No la combinación de longitudes de ondas que a través de todo el universo era ahora el equivalente de Ames, sino el sonido en sí. Una clara memoria trajo las ondas sonoras que él no escuchó ni podía escuchar.

Su nuevo proyecto le aguzaba sus recuerdos más allá de lo usualmente recordable. Registró el vórtice energético que constituía la suma de su individualidad y las líneas de fuerza se extendieron más allá de las estrellas.

La señal de respuesta de Brock llegó.

Con seguridad, pensó Ames, él podía decírselo a Brock. Sin duda, podría hablar con cualquiera.

Los modelos fluctuantes de energía enviados por Brock, comunicaron:

—¿Vienes, Ames?

—Naturalmente.

—¿Tomarás parte en el torneo?

—¡Sí! —Las líneas de fuerza de Ames fluctuaron irregularmente—. Pensé en una forma artística completamente nueva. Algo realmente insólito.

—¡Qué despilfarro de esfuerzo! ¿Cómo puedes creer que una nueva variante pueda ser concebida tras doscientos mil millones de años? Nada puede haber que sea nuevo.

Por un momento Brock quedó fuera de fase e interrumpió la comunicación, y Ames se apresuró en ajustar sus líneas de fuerza. Captó el flujo de los pensamientos de otros emisores mientras lo hizo; captó la poderosa visión de la extensa galaxia contra el terciopelo de la nada, y las líneas de fuerza pulsada en forma incesante por una multitudinaria vida energética, discuriendo entre las galaxias.

—Por favor, Brock —suplicó Ames—, absorbe mis pensamientos. No los evites. Estuve pensando en manipular la Materia. ¡Imagínate! Una sinfonía de Materia. ¿Por qué molestarse con Energía? Es cierto que nada hay de

nuevo en la Energía. ¿Cómo podría ser de otra forma? ¿No nos enseña esto que debemos experimentar con la Materia?

—¡Materia!

Ames interpretó las vibraciones energéticas de Brock como un claro gesto de disgusto.

—¿Por qué no? —dijo—. Nosotros mismos fuimos Materia en otros tiempos... ¡Oh, quizás un trillón de años atrás! ¿Por qué no construir objetos en un medio material? O con formas abstractas, o... escucha, Brock... ¿Por qué no construir una imitación nuestra con Materia, una Materia a nuestra imagen y semejanza, tal como fuimos alguna vez?

—No recuerdo cómo fuimos —dijo Brock—. Nadie lo recuerda.

—Yo lo recuerdo —dijo Ames con seguridad—. No he pensado sino en eso y estoy comenzando a recordar. Brock, déjame que te lo muestre. Dime si tengo razón. Dímelo.

—No. Es ridículo. Es... repugnante.

—Déjame intentarlo, Brock. Hemos sido amigos desde los inicios cuando irradiamos juntos nuestra energía vital, desde el momento en que nos convertimos en lo que ahora somos. ¡Por favor, Brock!

—De acuerdo, pero hazlo rápido.

Ames no sentía aquel temblor a lo largo de sus líneas de fuerza desde... ¿desde cuándo? Si lo intentaba ahora para Brock y funcionaba, se atrevería a manipular la Materia ante la Asamblea de Seres Energéticos que, durante tanto tiempo, esperaban algo novedoso.

La Materia era muy escasa entre las galaxias, pero Ames la reunió, la juntó en un radio de varios años-luz, escogiendo los átomos, dotándola de consistencia arcillosa y conformándola en sentido ovoide.

—¿No lo recuerdas, Brock? —preguntó suavemente—. ¿No era algo parecido?

El vórtice de Brock tembló al entrar en fase.

—No me obligues a recordar. No recuerdo nada.

—Existía una cúspide y ellos la llamaban cabeza. Lo recuerdo tan claramente como te lo digo ahora. —Efectuó una pausa y luego continuó—. Mira, ¿recuerdas algo así?

Sobre la parte superior del ovoide apareció la «cabeza».

—¿Qué es eso? —preguntó Brock.

—Es la palabra que designa la cabeza. Los símbolos que representan el sonido de la palabra. Dime que lo recuerdas, Brock.

—Había algo más —dijo Brock con dudas—. Había algo en medio.

Una forma abultada surgió.

—¡Sí! —exclamó Ames—. ¡Es la nariz! —Y la palabra «nariz» apareció en su lugar—. Y también había ojos a cada lado: «Ojo izquierdo..., Ojo derecho».

Ames contempló lo que había conformado, sus líneas de fuerza palpitaban lentamente. ¿Estaba seguro que era algo así?

—La boca y la barbilla —dijo luego—, y la nuez de Adán y las clavículas. Recuerdo bien todas las palabras. —Y todas ellas aparecieron escritas junto a la figura ovoide.

—No pensaba en estas cosas desde hace cientos de millones de años —dijo Brock—. ¿Por qué me haces recordarlas? ¿Por qué?

Ames permaneció sumido en sus pensamientos.

—Algo más. Órganos para oír. Algo para escuchar las ondas acústicas. ¡Oídos! ¿Dónde estaban? ¡No puedo recordar dónde estaban!

—¡Olvidalo! —gritó Brock—. ¡Olvidate de los oídos y de todo lo demás! ¡No recuerdes!

—¿Qué hay de malo en recordar? —replicó Ames, desconcertado.

—Porque el exterior no era tan rugoso y frío como eso, sino cálido y suave. Los ojos miraban con ternura y estaban vivos y los labios de la boca temblaban y eran suaves sobre los míos.

Las líneas de fuerza de Brock palpitaban y se agitaban, palpitaban y se agitaban.

—¡Lo lamento! —dijo Ames—. ¡Lo lamento!

—Me has recordado que en otro tiempo fui mujer y supe amar, que esos ojos hacían algo más que ver y que no había nadie que lo hiciera por mí... y ahora no tengo ojos para hacerlo.

Con violencia, ella añadió una porción de materia a la rugosa y áspera cabeza y dijo:

—Ahora, deja que ellos lo hagan —y desapareció.

Y Ames vio y recordó que en otro tiempo él fue un hombre. La fuerza de su vórtice partió la cabeza en dos y partió a través de las galaxias siguiendo las huellas energéticas de Brock, de vuelta al infinito destino de la vida.

Y los ojos de la destrozada cabeza de Materia aún centelleaban con lo que Brock colocó allí en representación de las lágrimas. La cabeza de Materia hizo lo que los seres energéticos ya no podían hacer y lloró por toda la humanidad y por la frágil belleza de los cuerpos que abandonaron un billón de años atrás.

(Versión disponible en <https://lecturia.org/cuentos-y-relatos/isaac-asimov-los-ojos-hacen-algo-mas-que-ver/6058/>)

